

Literatura Argentina I

16


SIM
apuntes

Reproducción de la clase dictada en la Facultad de Filosofía y Letras de la U.B.A.

CLASE Nº: 1

PROFESOR: JULIO SCHWARZMAN

FECHA: 12-08-97



Yo voy a dictar algunas de las clases teóricas; otro tramo de las clases lo va a dictar Cristina Iglesia, quien es la titular de la materia. Los otros decentes que completan el plantel de la cátedra se encargarán de los prácticos y en algún momento dictarán algún teórico.

El título de nuestro programa es "Narraciones e instituciones hacia 1880". *Hacia 1880*. Hemos elegido una coyuntura que se da en esa década porque hemos considerado, sin mucha originalidad, que ahí se condensan una serie de problemas políticos, culturales y sociales, que se expresan y son recreados por una cantidad de textos de esto que llamamos *literatura* y que muchas veces tiene muchos límites imprecisos, sobre todo en este período.

Suena por ahí lo de *generación del '80* y si bien no vamos a poder evitar trabajar con esta categoría algo escurridiza, yo preferiría poner en cuestión esa noción y el tipo de corte histórico que supone.

Hay toda una tendencia en la historia de la cultura a ciertas periodizaciones que a veces recalcan en los *ismos* y otras en las generaciones. Notoriamente, en el siglo XIX tenemos alrededor de

Echeverría, lo que se ha denominado la *Generación del '37* y alrededor de una serie de escritores, políticos, profesionales y diplomáticos que escriben y producen alrededor de los '80, lo que se ha denominado la *Generación del '80*.

Generación es, en sí mismo, una especie de comodín, es una ventaja, es una facilidad; de manera que, con el auxilio que dan las facilidades, es posible que alguna vez lo mencionemos. El problema es que plantea una serie de equívocos sobre la base de algo que empíricamente es tentador y que pareciera que funciona, es decir: un grupo de individuos que nacen aproximadamente en una época y por ello se educan en las mismas instituciones pedagógicas de reproducción ideológica y cultural y que respiran una misma atmósfera intelectual. La cosa se complica porque en general, el corte sincrónico de época privilegia ciertas cuestiones que van emergiendo en el período, pero no corresponden necesariamente a personajes que se van alineando en torno a aquello que en épocas del servicio militar se llamaba *clase* (para el '80, sería la clase del '54 o del '60).

Por otro lado, la posición de los cortes generacionales involucra una especie de reduccionismo biologista ya que el punto de vista toma en cuenta nacimientos y desarrollos dados en cierta época. En todo caso, el biologismo -para lo que estamos viendo- no sería de demasiado alejado o ajeno al propio clima de ideas de estos años: ustedes van a leer una serie de textos donde se tiende a pensar lo social en términos de una extrapolación o prolongación de mecanismos que vienen de la biología y de los estudios orgánicos desarrollados por las ciencias naturales. Entonces, esto mismo, que sería la expresión de parte de la ideología de la época, sería

problemático si lo adosamos al punto de vista crítico sobre la época, de ese modo nos estaríamos pegando demasiado a aquello que pretendemos conocer.

Por otra parte, *generación* es una metáfora o, tal vez, una sinécdoque. Este equívoco es peligroso, porque generalmente se procede a una selección previa de individuos y esos individuos pasan a ser una generación; lo cual asordina otras voces que no estarían representadas por esos individuos, por sus discursos y por sus textos.

Ustedes van a ver que incluimos en el programa textos de Cané, Lucio Vicente López, Paul Groussac, Mansilla (quien es el más viejo de todos y, si fuera por el corte de la edad, no podría equipararse ni por partida de nacimiento, ni por experiencia acumulada, ni por tradición familiar con la mayoría de los otros escritores que vamos a analizar), Holmberg, Gorriti, Juan Antonio Argerich, Eduardo Wilde y Eugenio Cambaceres.

Respecto del propio corte generacional, hay un texto en francés, **Las generaciones literarias**, de Peire, quien hace una síntesis de las virtudes del método y dice sobre *generación* algo que ya vinimos mencionando; él las ve como agrupaciones de hombres nacidos aproximadamente en la misma fecha, que crecen en la misma atmósfera intelectual.

De alguna manera, el sedimento de esta visión lo constituye Dilthey en un estudio sobre Novalis, donde va precisando algunas de las características que son como contraseñas culturales que propician esa atmósfera y ese clima común.

Luego está lo que se denomina como *escuela alemana* -con Petersen y otros- que gustan de estos cortes, trazan estadísticas sobre estos cortes y su eco español serían Ortega y Gasset o Julián Marías, quienes han llegado a precisar con una exactitud sospechosa el avènement de una nueva generación cada veinticinco años.

En quienes están convencidos que esto funciona, esto provoca una especie de angustia o impaciencia por la fijación de las generaciones, hasta tal punto que, si no se puede fijar una generación en un momento dado, se produciría un vacío intolerable.

Arturo Ocampo escribió hacia el '63 un libro de trescientas páginas, **El problema de las generaciones literarias**, cuyo objeto principal es determinar que él pertenece a una (la generación que él llama *de 1930* y que sucedería a la de 1922, mejor conocida como la generación de las vanguardias o *martinferrista*).

Quiero señalar que este despropósito (un libro concebido para justificar una categoría que, en definitiva, convalida a quien lo escribe y le da un marco, un background vital y cultural para existir) muestra las propias falacias del método.

Entonces, en lugar de *generación*, decíamos *narraciones e instituciones hacia el '80* apuntando a la precisión de un período que está suficientemente caracterizado en la historiografía política y cultural en la Argentina. En este sentido, hay algunos trabajos muy importantes (de Noé Jitrik o el largo capítulo que le dedica David Viñas en su libro **Literatura argentina y realidad política** o la síntesis que hace Ricardo Rojas en el comienzo de su **Historia de la literatura argentina**).

Básicamente se trata de un período fuerte, donde una cantidad de características que venían desde Caseros (desde el '52) se modifican radicalmente y donde se consolida una hegemonía política muy neta en el proceso que se ha dado en llamar *de modernización*. Entonces: constitución de un estado y federalización de Buenos Aires (es decir, la resolución de un problema secular y que había dado lugar a grandes contradicciones y que había derivado en guerras civiles).

Ningún estado se constituye pacíficamente, pese a que sus apologistas y sus historiadores oficiales tiendan a edulcorar las contradicciones y a transformar las guerras pretéritas en procesos pacíficos y aterciopelados. La constitución del estado en Argentina es la coronación de un proceso brutal de guerras civiles locales, de la liquidación de las resistencias federales y provinciales y especialmente de algo que se podría llamar -tomando una metáfora terrible del siglo XX- la *solución final* del problema del indio a través de una política de exterminio, de conquista y usurpación de tierras. Esto a su vez determinó un proceso de gran concentración terrateniente de la propiedad rural acompañado -y esto es lo que se llamó *modernización*- de un estímulo a determinadas industrias ligadas a los procesos básicos agrícola-ganaderos y de fuertes inversiones en el transporte; estas inversiones en general eran de capitales extranjeros asociados con los grandes terratenientes en una alianza que es constitutiva de ese estado y que se va a prolongar y que va a tener larga descendencia en la historia política argentina.

Una de las características más visibles de este período es que, como consecuencia de la política de la inmigración masiva, se produce un violento estremecimiento demográfico en la sociedad argentina: una irrupción de

millones de trabajadores provenientes sobre todo de Europa y que configura un aspecto especialmente crítico del período y que se va a expresar de muchas maneras. Algunas de estas maneras tuvieron que ver con las políticas vinculadas con la tierra (políticas frustradas de retaceo de las tierras) y con el gran flujo de masas hacia las ciudades, producto del problema de la tierra. Este flujo de personas hacia las ciudades (especialmente hacia Buenos Aires) dio lugar a fuertes movimientos y conflictos sociales, conflictos que parecían haber sido acallados por esas guerras civiles pasadas pero que reaparecen sobre todo a través del movimiento obrero, muy vinculado con las corrientes dominantes en Europa (sobre todo el anarquismo y el socialismo).

Por eso puntualizo que si decimos *generación* casi todo esto se ahoga porque no hablamos de ciertos abogados, ciertos juristas, ciertos médicos, ciertos diplomáticos que tienen frente a esto posiciones muchas veces confusas o mayormente reactivas, pero que nunca podrían representar cabalmente este complejo y contradictorio marco social.

En **Principios de sociología** de Hebert Spencer, un autor inglés representante fundamental del positivismo y del intento de recuperar las teorías de Darwin sobre la evolución para la interpretación de todo el proceso social, dice lo siguiente:

“Si nos transportamos hacia adelante tanto como hacia atrás nos invade un optimismo no absoluto sino relativo. El proceso cósmico implica tanto la regresión como la progresión, se producen tipos superiores e inferiores;

pero a semejanza de lo que ocurre en los seres animales, los tipos superiores de la sociedad deben dejar rezagados a los inferiores.”

Rápidamente se puede hacer un lectura rioplatense, pampeana, de esto: esta interpretación de la superioridad y la inferioridad (y el rezago que ella implicaría) acababa de darse con el final de la campaña al desierto coronada por el triunfo del general Roca. Y sigue Spencer:

“Habrá sociedades retrasadas y sencillas en la regiones insalubres o poco fértiles. Las sociedades inferiores serán relegadas a las regiones menos favorables mientras las superiores se extenderán por todos los espacios apetecibles; pero mientras se cumple la ley de la evolución con el aumento de la heterogeneidad también el proceso de integración, manifestado por la formación de naciones cada vez mayores, alcanzará un grado aún más elevado hasta llegar a una federación de naciones que prohíba la guerra entre ellas y ponga fin a la barbarie que deshace o impide la obra de la civilización.”

Este optimismo relativo se da porque este avance espacial de las sociedades superiores sobre las inferiores (lo que las va relegando a las zonas insalubres en el límite de la sobrevida o de la muerte) es un proceso realmente cruento pero, sin embargo, todo esto termina con el triunfo de las superiores lo que daría lugar a una coexistencia pacífica de las sociedades superiores.

Esto se escribe en momentos en los que se da lo que se denomina primer expansionismo imperialista y es, más que una simultaneidad, una especie de coda sociológica a esa expansión. Por

supuesto, no la enuncia en sus términos objetivos -pese a la pretensión de cientificidad de la ciencia positiva- sino a través de cierto embellecimiento. Sigue Spencer:

“Por la represión de los instintos agresivos y fomento de los sentimientos altruistas y por la desaparición de las coacciones cada vez menos necesarias deberá producirse un hombre constituido de tal suerte que, al realizar sus deseos personales, satisfaga también...”

“La represión de los instintos agresivos”. Es decir: esa expansión de las sociedades superiores no es un instinto agresivo, sino que es la inscripción en la historia del avance de la humanidad; en tanto que el relegamiento de otras sociedades a la marginalización y la muerte es considerado como la represión de los instintos agresivos.

Muy poco después de escrito esto (algo más de diez años después), Freud escribe -hacia principios de siglo- un trabajo donde plantea esa categoría bastante interesante acerca del retorno de lo reprimido; plantea esto no en una clave que abarque a toda la sociedad sino dentro del funcionamiento que él denomina *inconsciente*. Quizá, de la misma manera que Spencer metaforiza el evolucionismo de Darwin, nosotros podemos metaforizar este proceso del retorno de lo reprimido para descubrir que aquello que estas sociedades pujantes y modernizantes pregonaban como el triunfo de la civilización a través de la represión de la barbarie y de lo primitivo siempre, de alguna manera, retorna.

Sería bueno que en el trabajo de este cuatrimestre pudiéramos ver cómo se produce en la Argentina de los años ‘80 cómo se produce el

retorno de lo reprimido y qué gestos fóbicos o perplejos o amenos o frívolos o a veces fascinados produce en algunos de los escritores que vamos a tratar.

Una característica bastante estudiada de los '80 es lo que se ha identificado como el comienzo de un proceso de creciente diferenciación y autonomización de la esfera de lo literario. Esto suele oponerse a todo el período anterior, a los escritores del tiempo de Rosas y de los años siguientes, de donde podemos rescatar la figura de Sarmiento. Incluso es interesante observar cómo introducir la figura de Sarmiento produce una suerte de perturbación y de confusión en el análisis generacional, porque si bien la obra principal de Sarmiento se ubica hacia el '45, '50, '53 (no mucho más), su trabajo intelectual sigue y también en cierto sentido es contemporáneo de los escritores que se suelen llamar del '80.

Nosotros en la práctica escrituraria de Sarmiento vemos una poderosa amalgama con su proyecto político y la naturaleza de esos escritos ha dado lugar a postulaciones de fusión de géneros y de dificultad de clasificación; todo esto tiene que ver con un momento que precede a la constitución del estado nacional, donde la militancia política, la guerra y la escritura forman parte muchas veces de un todo indiscernible. Eso se ve claramente en parte de la gauchesca de los años '30 y '40, se ve en la obra de Sarmiento, en la de Alberdi y en la de Echeverría.

Hacia el '80, la consolidación de ese estado, la consolidación de un nuevo liderazgo político y de una serie de instituciones (incluyendo la federalización de la ciudad de Buenos Aires, la ley de matrimonio civil y la

ley de enseñanza laica) van propiciando cierta autonomización y especialización de la sociedad.

La propia sociología de este período estudia estos fenómenos (incluido el propio Spencer) como parte de la maduración de los procesos sociales: a mayor evolución, mayor diferenciación. Esto dicho ahora, con cierta distancia; en aquel tiempo, se veía todo esto -en clave organicista- como organismos cuya fisiología va reconociendo funciones específicas como lo hacen los órganos del cuerpo de un organismo mayor.

Eso hace que la literatura del período tenga, con respecto a la literatura de los combates de la época previa, un tono menor, una suerte de frivolidad y también una cierta deriva fragmentaria. Justamente *fragmentarismo* es la palabra clave con que Ricardo Rojas intenta armar un paquete caracterizador de los escritores del '80. Y para Rojas, quien construye una especie de catedral totalizadora de la literatura argentina, la palabra *fragmentarismo* no puede sino enunciarse en términos peyorativos: lo fragmentario es lo que se desgaja de la totalidad, no la constituye, conspira contra ella. Por eso, el carácter fragmentario de los escritores del '80 es, en la lectura de Rojas, una falencia, un menos, una debilidad, algo que debe lamentarse; incluso, cuando celebra algunos logros de Mansilla, lamenta que estén erosionados por lo fragmentario.

En cambio, la lectura de Mansilla que nosotros proponemos se detiene en lo que sería la virtud del fragmento y el carácter cuestionador o disociador del fragmentarismo de Mansilla, de su desgano de construcción de totalidades y de su rapidez para derivar o incurrir en digresiones frente a lo que serían los grandes asuntos que Rojas demanda.

Este proceso de creciente diferenciación va a llevar, poco a poco, a su expresión más cabal: la profesionalización de la literatura. Esto aún no se manifiesta cabalmente porque la mayor parte de estos escritores son en su mayor parte médicos, abogados, juristas y un gran número de ellos están en el ejercicio de la función pública (en ministerios, secretarías y en representaciones diplomáticas). Sin embargo, es un escritor de estos años (Eduardo Gutiérrez) el primer escritor importante profesional de la literatura argentina, alguien que se la pasa escribiendo y vive de lo que escribe. Eso se va a consolidar hacia fin de siglo y principios del siglo XX.

En cuanto al clima intelectual, van a circular en este cuatrimestre algunos *ismos* inevitables. El más importante proyecto novelístico del '80 es el de Cambaceres con las cuatro novelas que están en el programa.

Estas cuatro novelas implican cierto despegue de la novela argentina que ha sido muy trabajoso, porque precisamente la novela es un género muy autónomo, muy literario y todo el período que precede a éste propiciaba más otro tipo de escritura, propiciaba una literatura más pegada al combate, a la militancia, al libelo, a denuncia, a la polémica, a la memoria, a la autobiografía. Los pasos previos dados por la novela han sido medio desmañados y recién ahora se empieza a producir algo que se puede empezar a llamar *novela argentina*.

Por otra parte, la producción de Cambaceres ha sido leída de manera sincrónica con la producción de Zola, de Maupassant y de los naturalistas europeos. Es decir, en este momento podemos comenzar a repensar la literatura argentina en relación con sus vínculos con otras

producciones, tal como en general se piensa la producción de Echeverría en relación con el romanticismo.

Esto es interesante, porque el propio naturalismo en la concepción de Zola implica un estrecho grado de dependencia con la atmósfera de la época en cuanto detecta un fuerte predominio del biologismo u organicismo, y se traduce como un intento de una “literatura objetiva científica” (remarco las muy prudentes comillas) y que rescata lo que se dio en llamar el *método experimental*, la observación, la descripción.

Pero esto son formulaciones teóricas: nunca la literatura se valida por eso. La literatura empieza en un plus que nunca está en este tipo de programas, porque nosotros podríamos leer con esta misma cuadrícula obras como **Inocentes y culpables** de Argerich o -en la pretensión de objetividad- los cuentos de Chejov y veríamos que la diferencia es violenta; en Argerich, ese norte objetivista (o experimental o científico) opera como una especie de petición de principios previa y como receta, mientras que en Chejov opera como poética.

Justamente, donde la ciencia de la época trabaja la herencia y su interrelación con el medio, Argerich va a fijar fuertes causalidades y equivalencias una a uno entre esa receta científica y su escritura, lo cual la debilita notoriamente y, además, la moraliza.

La objetividad de Chejov se sustrae de la moralización porque la suya es una narrativa donde describe el delito -no prescribe-, donde narra el robo -no condena- y donde lo experimental está ante todo en la escritura y en las incitaciones hacia la lectura.

Hay una fuente primordial de todo esto: las teorías evolucionistas de Darwin de **El origen de las especies**. Darwin fue un lector

bastante capturado por el fatalismo de Malthus, cuya teoría de la población partía de la base de que la población se reproduce geométricamente, mientras que los recursos naturales y los alimentos se reproducen en escala aritmética, lo cual producía una serie de desequilibrios que fatalmente termina en un colapso. Darwin aplica eso al estudio de las especies y encuentra que el remedio contra ese desequilibrio es la selección natural: una forma de adaptación al medio que se transmite a través de la herencia, por lo tanto el bagaje genético de las especies se va decantando porque los individuos de cada especie que van sobreviviendo a las dificultades del medio transmiten a su descendencia las virtudes que les permitieron superar esas dificultades.

Decíamos que Spencer es quien pega el salto mortal hacia la proposición social de este esquema, es lo que se ha dado en llamar darwinismo social. Nosotros vamos a encontrar en la Argentina de los años '80 expresiones muy crudas de esto, porque, del mismo modo que leíamos la conquista del desierto entre las líneas del esquema de las sociedades inferiores y sociedades superiores, podemos ver la actitud de la elite social con respecto a los trabajadores en general y a los inmigrantes en particular.

Podríamos decir algunas curiosidades con respecto a Darwin, ya que la relación de Darwin con la Argentina es algo más interesante que este tipo de lecturas y transposiciones. Por ejemplo, podríamos decir que la Argentina (más específicamente el Río de la Plata) es parte del objeto de estudio de Darwin, a partir de su viaje en la embarcación Beagle (la cual termina nombrando un punto de nuestra geografía), el cual se traduce en una experiencia rioplatense y pampeana de Darwin.

De manera que, tal vez, esto nos genere una suerte de complejo tercermundista, no de lugar de condensación y elaboración de la teoría, sino de lugar del objeto de la teoría; eso seríamos en los apuntes a partir de los cuales Darwin comienza a elaborar su interpretación de la evolución de las especies. Eso en cuanto al proceso de acumulación que lleva a la teoría de la evolución natural.

Otro dato muy interesante lo leo en un artículo de Marcelo Monserrat, “La mentalidad evolucionista”, que aparece en una compilación de Ferrari y Gallo que se llama **La Argentina del ‘80 al ‘70**. En una nota se pregunta Monserrat:

“¿Murió Darwin como consecuencia del mal de chagas contraído en Mendoza en marzo de 1835? El mismo Darwin relata: «Pasamos la noche en Luján, aldea rodeada de huertos y límite meridional de las tierras cultivadas de la provincia de Mendoza. Durante la noche hube de sostener una lucha -y no es una exageración- contra una venchuca, la gran chinche negra de las pampas»”

Esto de Darwin aparece en **Viaje de un naturalista alrededor del mundo**.

Entonces, esta lucha (que no es una exageración) suena a la lucha por la vida y parece que este esquema introducido por Darwin y que induce a la supervivencia de los más aptos -en términos de especie- termina con el triunfo de la vinchuca; en el caso de que esta hipótesis fuera cierta.

Estas relaciones rioplatenses de Darwin también se manifiestan en otro texto citado por Monserrat; este texto es una *causerie* (palabra francesa con la cual Mansilla titula su recopilación de artículos; *causerie*

significa conversación, Mansilla sería un causeur -conversador) de los años '90 y da cuenta de una carta que le escribe a Darwin informándole sobre el caso de dos niños lobos en la provincia de La Rioja, que -como producto de lo que él llama la *devastación montonera*- son encontrados cerca de una estancia reducidos a las condiciones más brutales de lo que él llama *barbarie*.

El aporte de esta escritura de Mansilla a Darwin constituye, una vez más, un ejemplo de lo experimental: la experiencia sería local y la teoría sería europea. La experiencia local indica que dada ciertas condiciones no hay progreso sino regresión; el ejemplo de la validez de la teoría de la evolución sería un caso de regresión riojana.

Hay un punto que va a quedar para la próxima clase. Es interesante ver el movimiento de pasaje naturalismo francés (con Zola a la cabeza) al naturalismo argentino en Cambaceres y en otros escritores. Es decir, esa pretensión de cientificidad, de estudio de lo real, de dar cuenta de lo objetivo, entronca en Zola con una fuerte orientación social, que se posa en particular en la vida de los sectores más sumergidos de la sociedad (con conclusiones fatalistas con respecto al alcoholismo y a algunos procesos de degeneración y la herencia) que repercute también como denuncia y como acusación de un estado de cosas.

Parece que en el paso del hemisferio norte al sur hay como una inversión (como las estaciones) con lo cual ese carácter se va disolviendo; por eso acá esa forma naturalista es utilizada más bien como un reactivo de ciertos sectores dominantes frente a esos movimientos inquietantes que se

producen en la base de ese edificio social que se ha construido alrededor del '79, '80.

Y esta inversión no pasa solamente por el naturalismo: podemos ver qué pasa con el comienzo de la irrupción del psicoanálisis en la Argentina, con la consolidación de una especie de teoría de la adaptación y con la recepción del marxismo en la Argentina (lo cual comienza a producirse hacia fines de esta década). Marx también es un lector de Darwin y se dice que su interpretación de la historia produce una revolución similar o mayor a la de Darwin en las ciencias naturales.

El primer traductor de **El capital** en la Argentina fue Juan B. Justo, uno de los fundadores del Partido Socialista, hacia 1890. La traducción de Justo del primer tomo de **El capital** es muy cuidadosa, podríamos decir que es una excelente traducción; sin embargo, la teoría de Marx no opera en Justo como un instrumento de análisis productivo de la sociedad argentina, en el sentido de que sus ideas se pliegan más y más a las de la elite liberal (sobre todo en su costado más laico) lo cual le hace decir que la teoría de la plusvalía -él lo traduce como *supervalía*- en Marx no es un instrumento de conocimiento acerca de la producción y reproducción de la sociedad sino apenas una metáfora.

Yo pararía acá esta parte introductoria y continuaría la próxima clase con algunas escalas en los textos que vamos a ir estudiando para penetrar mejor en ese universo.